

Una cuestión de cultura

♦ Enrique Gutiérrez Bueno

Parece ser que la crisis en la que estamos enterrados aún no ha tocado fondo, y que aún deberemos sufrir un poco más, de forma que el poder adquisitivo de los salarios baje seis puntos en tres años, las empresas reduzcan beneficios, haya recortes en el desempleo y suban los impuestos. Todo esto sin descartar que aún continúe subiendo nuestra actual cifra de parados, que tengamos que salirnos del SME, volver a devaluar un par de veces más nuestra moneda, y alguna que otra sorpresa, antes de que podamos hablar de una tímida recuperación. Son las consecuencias de haber vivido por encima de nuestras posibilidades y de forma artificial y absurda. Ahora tendremos un país más de acuerdo con lo que realmente somos, aunque la realidad debiera estar entre lo que creímos erróneamente que éramos y lo que al final de este proceso de ajuste seremos.

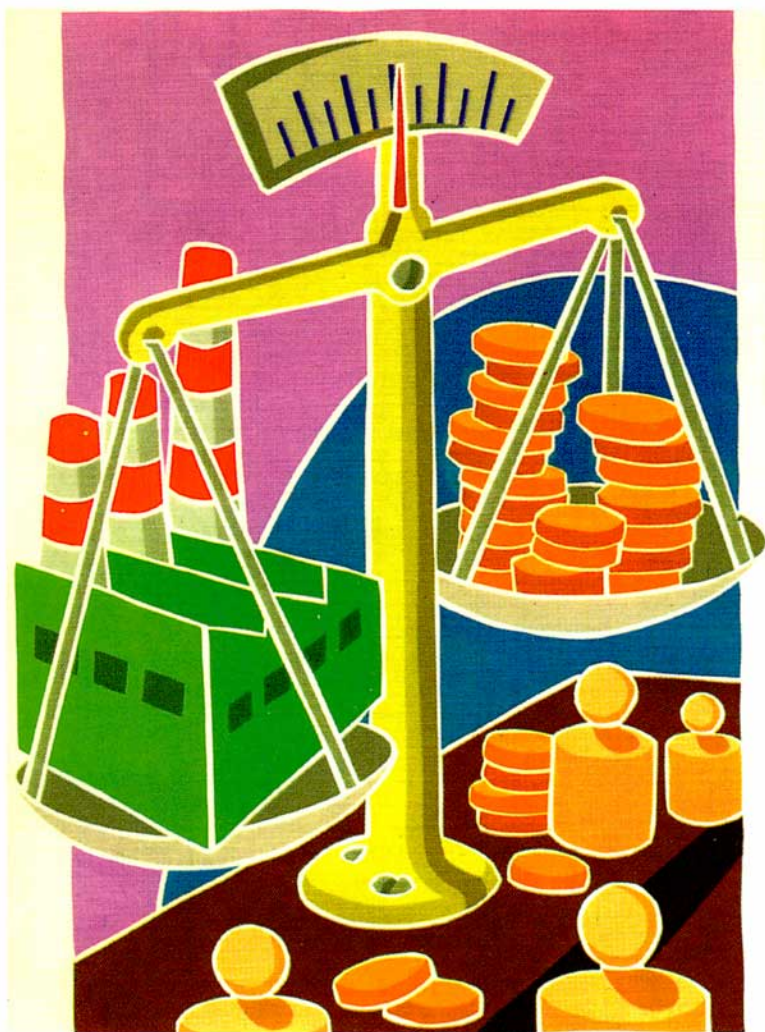
Ejemplos de lo absurdo del marco en que nos movíamos hay muchos. Yo tengo uno bien reciente. Cuando, hasta hace bien poco, compraba en mi proveedor de carne habitual, vulgo "mi carnicero", lo que él llamaba "chuletón gallego", y, conociendo mi sensibilidad hacia lo producido en nuestro país, irónicamente me señalaba que la susodicha carne venía de Irlanda o de vaya usted a saber de dónde, pero no de Galicia como rezaba el cartel, pues "no traía cuenta". Hace unos días, me hizo saber, satisfecho, que ya era "de la tierra", a su juicio mejor, y que ello era debido a que las devaluaciones de la peseta habían hecho, por fin, que fuera rentable para él llevarla al mostrador, y,

para mí, a la mesa. Este país, pensé yo, empieza a ser normal. Aún hay quien opina que nuestra economía no es competitiva. Pero, digo yo, ante el ejemplo de la chuleta, lo que quizá no le haga competitiva, y, en consecuencia, rentable, sean las medidas creadas en torno a la vaca como medio de producción desde el origen. Y, si no, si extrapolamos al conjunto de nuestra industria, que vean cómo se está recuperando nuestra balanza comercial desde que las cosas empiezan a valer lo que realmente valen. Más se recuperaría, en cualquier caso, si ahora tuviéramos una industria más potente, lo que podría haberse logrado si, en definitiva, no hubiéramos vivido tanto tiempo por encima de la realidad con medidas macroeconómicas que a todos engañaban, como si de un espejismo se tratase, comprando, como mi carnicero, todo fuera y creando las condiciones para que al cabo del tiempo, que es ahora, vayamos hacia los cuatro millones de parados. Y es que, en un país real, no caben "magos" como el que Peridis nos dibujaba en sus tiras diarias de "El País". Los "trucos" se acaban pagando antes o después, ¿o es que alguien cree todavía en varitas mágicas?

Pero, ¿hubiera sido esto suficiente? En cualquier caso, no. Hubiera ayudado mucho, hubiera habido menos "pelotazos", más industria, menos ingeniería financiera, más empresarios de los de verdad. No hubiera sido suficiente porque, en el fondo, todo esto es un problema cultural que, tras la experiencia, tenemos entre todos que revisar. Un problema quizá histórico en España, donde tradicionalmente hemos dejado la responsabi-



"En un país real, no caben "magos" como el que Peridis nos dibujaba en sus tiras diarias de "El País". Los "trucos" se acaban pagando antes o después"



dad de hacer las cosas a otros. Pero una práctica que tiene que acabar, porque ya no tenemos reyes que, con sus políticas matrimoniales, puedan construir imperios, ni nuevos mundos cargados de riquezas que descubrir. Debiéramos todos partir del hecho, para mi incuestionable, de que un país no es nada sin empresas, pero empresas industriales con producto propio. También tiene que haber empresas de servicios, ingenierías, representantes comerciales, intermediarios, banqueros, y hasta toreros y pitonisos. Sin embargo, lo fundamental, lo que representa a un país, lo que asegura el medio plazo, y hace ver el futuro con tranquilidad, es la empresa industrial con producto propio. Pero nunca podremos tenerlas en cantidad y calidad suficiente mientras desconfiamos de nuestras

"Debiéramos todos partir del hecho de que un país no es nada sin empresas, pero empresas industriales con producto propio"

propias capacidades, mientras que sigamos creyendo que lo que viene de fuera es, por definición, mejor. Si todos fuéramos conscientes del "valor añadido" que cualquier compra tiene si el producto comprado es español a la hora de luchar contra el paro, de generar riqueza y estabilidad, quizá ahora nos quejariáramos menos. Son las empresas las que tiran del empleo, y aquellas necesitan trabajo para poder existir. Si, colectivamente, no les garantizamos ese trabajo confiando en su producto, a nadie debe extrañar que ellas no necesiten empleo, y, en consecuencia, se engrosen las cifras de parados. Lo peor es cuando es el propio Estado y sus aledaños, con sus compras, quien, como ha venido sucediendo con demasiada frecuencia, no da ejemplo y busca fuera y ya, lo que debiera ayudar a desarrollar dentro.

Algunos de los hipotéticos lectores de estas líneas, siguiendo la cultura al uso, me tracharán de, al menos, trasnochado. Yo a ellos les tildaría de, al menos, inconscientes. A quien así opine, le diré que lo que propongo no es ni más ni menos que lo que han hecho y hacen otros países, o lo que habitualmente aplican otras sociedades, más sensibles a lo que significa defender lo propio que nosotros. Sería un buen ejercicio relacionar todos los proyectos y compras que las diferentes administraciones, empezando por la central, y organismos y entidades públicas, y grandes grupos privados, han buscado, y, lo que es peor, siguen haciéndolo, fuera, dando la espalda conscientemente a nuestra industria, en un ejercicio de insensibilidad que produce escalofríos.

Esta crisis tiene, en el fondo, tanto la ventaja de que, al final, tendremos un país más real, como que debemos de haber aprendido una importantísima lección, y es que, junto a las

grandes medidas macroeconómicas, que poco resolverán por sí solas, tenemos que ser capaces de confiar en nuestros productos y en nuestras empresas, como todos tenemos que confiar en nuestros médicos o enseñantes porque son los que produce nuestro país. Esto es lo que ha de leerse, y no se lee, entre líneas en los men-

sajes de nuestros políticos. Todos sabemos que será muy difícil lograr que nuestra economía salga a flote pronto, pero para que, cuando eso suceda, lo sea de una forma más estable y real, debemos empezar por confiar en nuestras propias capacidades de una vez por todas ¿Lo hacemos ya?